



**PASADO DE MODA.  
EXPRESIONES CULTURALES  
Y CONSUMO  
EN LA ARGENTINA**

Susan R. Hallstead  
y Regina A. Root (comps.)

**PASADO DE MODA.  
EXPRESIONES CULTURALES  
Y CONSUMO  
EN LA ARGENTINA**

# **ESTUDIOS DE MODA**

Colección dirigida por  
Marcelo Marino

# PASADO DE MODA. EXPRESIONES CULTURALES Y CONSUMO EN LA ARGENTINA

Susan R. Hallstead  
y Regina A. Root (comps.)

María Claudia André  
Mary G. Berg  
Donna J. Guy  
Susan R. Hallstead  
Ana Igareta  
John King  
Kathryn Lehman  
Mariano López Seoane  
Marcelo Marino  
Francine Masiello  
Natalia Milanesio  
Marilyn Miller  
María Lía Munilla Lacasa  
Laura Novik  
Regina A. Root  
Daniel Schávelzon  
Susan M. Socolow  
Flavia Zorzi



BUENOS AIRES

Pasado de moda. Expresiones culturales y consumo en la Argentina / Regina Root ... [et al.]; compilado por Susan Hallstead; Regina Root. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ampersand, 2016.

310 p.; 23 x 15 cm. - (Estudios de moda / Marino, Marcelo; I)

ISBN 978-987-46213-2-0

I. Moda. 2. Historia Argentina. 3. Estudios Culturales. I. Root, Regina II. Hallstead, Susan, comp. III. Root, Regina, comp.

CDD 306

Fecha de catalogación: 06/06/2016

Colección Estudios de Moda

Primera edición, Ampersand, 2016.

Derechos exclusivos de la edición en castellano reservados para todo el mundo.

Cavia 2985, 1º piso

C1425CFF – Ciudad Autónoma de Buenos Aires

[www.edicionesampersand.com.ar](http://www.edicionesampersand.com.ar)

© 2016 Susan R. Hallstead y Regina A. Root (comps.)

© 2016 de la presente edición en español, Esperluette SRL, para su sello editorial Ampersand

© 2016 de las traducciones, Juan Pablo Dabove (caps. 6 y 11) y Andrea Adhara Gaytán Cuesta (caps. 8 y 12)

“Descamisados, divitos y mucamas. La vestimenta como expresión de estereotipos y ansiedades de clase durante el peronismo”, de N. Milanese, se basa en la investigación previamente publicada como “Peronists and Cabecitas: Stereotypes and Anxieties at the Peak of Social Change”, en *The New Cultural History of Peronism: Power and Identity in Mid-Twentieth Century Argentina*, de M. Karush y O. Chamosa (eds.), Duke University Press, 2010. “Aguafuertes de la moda contemporánea argentina”, de L. Novik y R. A. Root, reproduce secciones de un ensayo previamente publicado como “Argentine Dress and Fashion”, en el sexto volumen de *La Berg Encyclopedia of World Dress and Fashion*, de J. Eicher (ed.), 2010. Permiso otorgado por Berg Publishers, un sello editorial de Bloomsbury Publishing Plc.

Edición al cuidado de Ana Hib y Renata Prati

Gestión de imágenes: Diana Victoria Britos

Diseño de colección y maquetación: Studio Omar Sosa

ISBN: 978-987-46213-2-0

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11723

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Imprenta: Talleres Trama

*Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante el alquiler o el préstamo públicos.*

## AGRADECIMIENTOS

Un volumen coeditado se crea a partir de un espíritu colaborativo. Nuestro libro surgió y creció según este mismo impulso.

Quisiéramos expresar nuestro profundo agradecimiento a Juan Pablo Dabove y a Andrea Gaytán Cuesta por su experta ayuda con la traducción y redacción de varios ensayos de este volumen. En una etapa temprana, Mark Pleiss y Grace Treleven facilitaron el proceso de compilar y dar forma a los ensayos para la publicación. Mike Blum ofreció gran apoyo técnico mientras se procesaban las imágenes analizadas en estas páginas, y Linda Baysore compiló la bibliografía. Les extendemos agradecimientos especiales a todos nuestros mentores y colegas, en especial a Francine Masie-llo y a Mabel Moraña, cuya sabiduría personal e intelectual nos sigue guiando.

Agradecemos a Ediciones Ampersand, en especial a su directora Ana Mosqueda, por su apoyo y por las excelentes sugerencias que han hecho posible un libro único en los estudios sobre la moda argentina. También estamos muy agradecidas a Ana Hib y a Diana Victoria Britos, de la misma

editorial, por ayudarnos a preparar el manuscrito para su publicación. Varios colegas sirvieron como árbitros anónimos de los ensayos; sus recomendaciones han ayudado a crear un volumen interdisciplinario más consistente para un público interesado en las diversas perspectivas sobre la moda y sus manifestaciones creativas.

Como coeditoras, quisiéramos agradecer a los colegas y el apoyo de fondos universitarios que hicieron posibles varios aspectos de la preparación del volumen: desde la Universidad de Colorado en Boulder, Mary Long y Peter Elmore ofrecieron consejo experto y el premio Kayden proveyó ayuda. Desde la Universidad de William y Mary, el programa Sharpe para investigadores de los estudios de esa comunidad, el departamento de Modern Languages and Literatures, la generosidad de Joseph J. Plumeri II y los miembros de la Clase de 1963 también hicieron posible este proyecto.

A nuestras familias y amigos, cuyo amor y solidaridad hacen que todo sea posible, agradecemos su apoyo constante.

Regina A. Root y Susan R. Hallstead

## ÍNDICE

- P. 008           **PRÓLOGO**  
Francine Masiello
- P. 016           **INTRODUCCIÓN**  
Regina A. Root y Susan R. Hallstead
- P. 032           **I. LA MODA FEMENINA COLONIAL**  
Susan M. Socolow
- P. 052           2. VAJILLA Y COSTUMBRES DE MESA EN LA ANTIGUA BUENOS**  
**AÍRES: UNA MIRADA DESDE LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA**  
Daniel Schávelzon, Flavia Zorzi y Ana Igareta
- P. 076           **3. CULTURA VISUAL, MODA Y POLÍTICA DURANTE**  
**LA ÉPOCA DE ROSAS**  
María Lía Munilla Lacasa y Marcelo Marino
- P. 094           **4. DE AFEMINADOS A MONSTRUOS: LA POLÍTICA IDENTITARIA**  
**DE LA MODA Y LA VESTIMENTA MASCULINAS EN LA LITERATURA**  
**Y EL PERIODISMO ARGENTINOS DECIMONÓNICOS**  
Susan R. Hallstead
- P. 118           **5. LA CIUDADANA MODELO: MODA Y RESPONSABILIDAD**  
**CÍVICA EN DOS NOVELAS DE CÉSAR DUAYEN, BUENOS AIRES,**  
**1905 Y 1906**  
Mary G. Berg y Kathryn Lehman
- P. 138           **6. COMPRAR, COMER Y SOCIALIZAR EN LA CALLE FLORIDA**  
**ENTRE 1914 Y 1920**  
Donna J. Guy
- P. 154           **7. SORTILEGIOS MODERNOS: VICTORIA OCAMPO Y CHANEL**  
Mariano López Seoane
- P. 172           **8. EL FUNYI DE GARDEL: CADA DÍA LUCE MEJOR**  
Marilyn Miller

<b>9. DESCAMISADOS, DIVITOS Y MUCAMAS: LA VESTIMENTA COMO EXPRESIÓN DE ESTEREOTIPOS Y PREOCUPACIONES DE CLASE DURANTE EL PERONISMO</b> Natalia Milanesio	P. 188
<b>10. NEW LOOK, MELODRAMA Y PODER: EVITA PERÓN Y LA MODA</b> María Claudia André	P. 202
<b>11. “DEDICATED FOLLOWERS OF FASHION”: PRIMERA PLANA Y EL INSTITUTO DI TELLA EN LOS AÑOS SESENTA</b> John King	P. 214
<b>12. AGUAFUERTES DE LA MODA ARGENTINA CONTEMPORÁNEA</b> Laura Novik y Regina A. Root	P. 234
<b>13. FRAGMENTOS CULTURALES E IDENTIDADES RECICLADAS</b> Regina A. Root	P. 256
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	P. 272
<b>LISTA DE ILUSTRACIONES</b>	P. 284
<b>BIOGRAFÍAS DE LOS COLABORADORES</b>	P. 288
<b>AGRADECIMIENTOS</b>	P. 292

2. Generalmente de una línea, aunque podía ser de lana más pesada o de seda negra. Otros necesarios de lino, todos en negro, como aretes, brochas, abanicos de seda y pañuelos de seda en el siglo XVIII. En el siglo XIX, los pañuelos de seda en el Tribunal de Comercio de Buenos Aires (AGN, Legajo 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 531, 532, 533, 534, 535, 536, 537, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 545, 546, 547, 548, 549, 550, 551, 552, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 559, 560, 561, 562, 563, 564, 565, 566, 567, 568, 569, 570, 571, 572, 573, 574, 575, 576, 577, 578, 579, 580, 581, 582, 583, 584, 585, 586, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 596, 597, 598, 599, 600, 601, 602, 603, 604, 605, 606, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 619, 620, 621, 622, 623, 624, 625, 626, 627, 628, 629, 630, 631, 632, 633, 634, 635, 636, 637, 638, 639, 640, 641, 642, 643, 644, 645, 646, 647, 648, 649, 650, 651, 652, 653, 654, 655, 656, 657, 658, 659, 660, 661, 662, 663, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 670, 671, 672, 673, 674, 675, 676, 677, 678, 679, 680, 681, 682, 683, 684, 685, 686, 687, 688, 689, 690, 691, 692, 693, 694, 695, 696, 697, 698, 699, 700, 701, 702, 703, 704, 705, 706, 707, 708, 709, 710, 711, 712, 713, 714, 715, 716, 717, 718, 719, 720, 721, 722, 723, 724, 725, 726, 727, 728, 729, 730, 731, 732, 733, 734, 735, 736, 737, 738, 739, 740, 741, 742, 743, 744, 745, 746, 747, 748, 749, 750, 751, 752, 753, 754, 755, 756, 757, 758, 759, 760, 761, 762, 763, 764, 765, 766, 767, 768, 769, 770, 771, 772, 773, 774, 775, 776, 777, 778, 779, 780, 781, 782, 783, 784, 785, 786, 787, 788, 789, 790, 791, 792, 793, 794, 795, 796, 797, 798, 799, 800, 801, 802, 803, 804, 805, 806, 807, 808, 809, 810, 811, 812, 813, 814, 815, 816, 817, 818, 819, 820, 821, 822, 823, 824, 825, 826, 827, 828, 829, 830, 831, 832, 833, 834, 835, 836, 837, 838, 839, 840, 841, 842, 843, 844, 845, 846, 847, 848, 849, 850, 851, 852, 853, 854, 855, 856, 857, 858, 859, 860, 861, 862, 863, 864, 865, 866, 867, 868, 869, 870, 871, 872, 873, 874, 875, 876, 877, 878, 879, 880, 881, 882, 883, 884, 885, 886, 887, 888, 889, 890, 891, 892, 893, 894, 895, 896, 897, 898, 899, 900, 901, 902, 903, 904, 905, 906, 907, 908, 909, 910, 911, 912, 913, 914, 915, 916, 917, 918, 919, 920, 921, 922, 923, 924, 925, 926, 927, 928, 929, 930, 931, 932, 933, 934, 935, 936, 937, 938, 939, 940, 941, 942, 943, 944, 945, 946, 947, 948, 949, 950, 951, 952, 953, 954, 955, 956, 957, 958, 959, 960, 961, 962, 963, 964, 965, 966, 967, 968, 969, 970, 971, 972, 973, 974, 975, 976, 977, 978, 979, 980, 981, 982, 983, 984, 985, 986, 987, 988, 989, 990, 991, 992, 993, 994, 995, 996, 997, 998, 999, 1000).

**DANIEL SCHÁVELZON**  
**FLAVIA ZORZI**  
**ANA IGARETA**

## INTRODUCCIÓN

La arqueología histórica puede ser definida como una disciplina que analiza la historia de vida de los objetos materiales, es decir, su trayectoria desde la etapa de producción hasta el descarte definitivo. En esta visión diacrónica y dinámica, cobra especial interés la noción de “moda” como un importante motor de cambio. De hecho, en la historia de la civilización occidental, la moda es un factor que determina fuertemente qué, cómo y dónde se consume en cada momento, y actúa en combinación, desde luego, con muchos otros factores, como la capacidad de acceso al mercado, la oferta (muchas veces controlada), la apertura a los mercados internacionales o incluso la imposición de quienes dominan la política en una determinada época.

Si bien es cierto que lo más habitual es analizar el fenómeno de la moda en la vestimenta o en la decoración, a lo largo de este trabajo veremos cómo la moda también se refleja en los gustos y predilecciones relativos a los objetos de vajilla de mesa (platos, copas, fuentes, vasos...), e incluso en la forma de cocinar, de servir y de comer.

Las prácticas culinarias, así como las formas de compartir y servir el alimento, dicen mucho sobre las sociedades que las llevan a cabo. La elección de cada comida y de los implementos utilizados para cocinarla, servirla y comerla ofrecen una interesante aproximación a las culturas de los grupos humanos, a sus gustos y disgustos y a los curiosos motivos que guían su conducta en diversos ámbitos y circunstancias. Basta pensar en los grandes banquetes en que la comida o la vajilla es preparada para ser destruida, en la costumbre de agasajar a un huésped –incluso a uno inesperado– con lo mejor de lo que disponemos, o en los complejos esquemas que organizan el sitio que cada personaje ocupa en torno a las mesas de la nobleza, para estimar el valor de las conductas de consumo de alimentos en las diferentes culturas y momentos históricos.

Al igual que en todo el resto del continente americano, los modos de preparación e ingesta de comida en el Río de la Plata sufrieron una modificación drástica a partir del siglo XVI, cuando se produjo la llegada de los primeros grupos de conquistadores ibéricos. Estos nuevos pobladores, así como los esclavos africanos que trajeron con ellos, introdujeron en la región objetos y costumbres que se encontraron con los locales y generaron un resultado singular.

Susceptible de ser analizada desde muy diversas perspectivas, la evolución de la vajilla desde entonces y hasta fines del siglo XIX ha sido abordada en la ciudad de Buenos Aires por la arqueología histórica, y los resultados obtenidos continúan siendo sorprendentes. Desde que comenzaron las excavaciones en la ciudad, hace ya más de veinte años, se hizo evidente que los restos de vajilla son una de las categorías más abundantes en los pozos de basura de las antiguas viviendas porteñas. El corpus de información reunido acerca de estos objetos no solo ha permitido reconstruir su historia particular –origen, características, funcionalidad pretendida– sino que ha posibilitado entender más en detalle el proceso de formación de una sociedad y de una cultura multiétnicas.

Una mirada diacrónica de los hallazgos arqueológicos en Buenos Aires permite observar que mientras que los hábitos alimentarios de los primeros porteños implicaban casi exclusivamente elementos básicos de manufactura sencilla (ollas, platos, cuencos), a posteriori el conjunto de vajilla se amplió y diversificó hasta incluir productos de decenas de materias primas y las más variadas formas de fabricación. De igual modo, mientras que en tiempos coloniales tempranos las piezas eran compartidas por dos o más comensales y cumplían simultáneamente con una variedad de funciones, con el correr de los años las prácticas de consumo de las clases acomodadas comenzaron a diferenciarse de aquellas de las clases populares mediante la incorporación de objetos muy específicos por su morfología y funcionalidad.

La arqueología nos ha mostrado que en la antigua Buenos Aires mucho más del 90 % de los objetos de vajilla y cocina eran importados, y esto sucedía en contextos correspondientes a todos los grupos sociales. Aunque en los momentos más tempranos el acceso a los bienes importados no era tan sencillo como lo sería dos siglos después, entre los porteños hubo siempre una clara predilección por lo europeo, y más que nada por lo mediterráneo. El consumir objetos que estaban de moda en la “Madre Patria” indicaba que se pertenecía al grupo de los dominantes y no de los dominados, al tiempo que la adquisición de productos escasos considerados exóticos constituía, tanto aquí como en Europa, una manifestación de estatus, poder y riqueza.

El estudio de la vajilla arqueológica permite ver que la sociedad porteña transitó sus primeros cuatro siglos inmersa

en un juego de innovaciones y resistencias, de moda y tradición, que otorgan al registro arqueológico de la ciudad características distintivas.

## LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA CONQUISTA

El primer asentamiento europeo en lo que hoy es Buenos Aires data del año 1536, cuando, por orden del rey de España, el primer adelantado don Pedro de Mendoza fundó a orillas del Río de la Plata una población fortificada a la que llamó "Puerto de Nuestra Señora de Santa María del Buen Ayre". La expedición de Mendoza no tuvo el mejor de los destinos: las enfermedades, el hambre, los conflictos internos y los enfrentamientos con los pobladores originarios redujeron drásticamente y velozmente aquella primera población de colonos. En 1541, los sobrevivientes de la expedición abandonaron el asentamiento y se trasladaron al norte, remontando el río Paraná hasta la ciudad de Asunción.

Pero la posición estratégica de este puerto rioplatense era demasiado atractiva para los colonizadores como para ser dejada a su suerte; en 1580, don Juan de Garay fundó por segunda vez Buenos Aires, esta vez bajo la denominación de "Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre". Este segundo asentamiento resultó más exitoso, y para inicios del siglo XVII contaba con alrededor de 500 habitantes.

Aunque en los documentos oficiales son frecuentes las referencias a lo inhóspito de la vida en la Buenos Aires colonial, existen crónicas que destacan lo propicio de la naturaleza local y la abundancia de recursos disponibles. Es el caso del relato de Acarette du Biscay, comerciante francés que desembarcó en Buenos Aires en 1658, quien hizo referencia a las amplias huertas que los porteños poseían en sus casas, la fertilidad de la tierra, la abundancia de carne de vaca y la comodidad de la vida en general (Du Biscay, [1658] 1943).

Las costumbres alimenticias de los primeros colonos de Buenos Aires resultaron bastante acordes con lo que se practicaba en ese entonces en el mundo mediterráneo, aunque con ciertas diferencias, como el mayor consumo local de carne vacuna posibilitado por la excelente adaptación de este ganado a la naturaleza pampeana.

Durante los primeros momentos de la conquista, la vida cotidiana de los habitantes del corazón urbano de Buenos

La mayólica, también llamada *maiolica* o *faience*, es una cerámica de pasta blanda y porosa, acabada con un esmalte a base de óxido de estaño que —a diferencia de los vidriados de plomo— resulta opaco y oculta casi por completo el color original de la pasta.

Aires parece haberse caracterizado, en general, por su sobriedad. Sin embargo, algunos grupos mejor posicionados económicamente comenzaron desde temprano a intentar diferenciarse del resto. Como entre las clases acomodadas europeas, también en Buenos Aires la costumbre de recibir invitados a comer comenzaba en esa época a adquirir las características de una verdadera ceremonia, en la que los huéspedes exhibían su poderío económico y su relevancia social. La sala —como habitación específicamente diseñada para comer, descansar y recibir a las visitas— comenzó a hacerse un lugar más importante en la arquitectura doméstica, resultado del crecimiento y el cambio en las costumbres de los sectores medios de la sociedad. Como notó Acarette du Biscay en 1658, la platería, las alfombras turcas, los espejos de Flandes, los cortinados de damasco, los muebles de maderas finas brasileras o portuguesas, los terciopelos y las sedas orientales daban a las salas porteñas un aspecto lujoso que contrastaba con el semblante austero de las fachadas de las viviendas, al tiempo que la posesión de esclavos como sirvientes contribuía a otorgar a las familias una imagen de opulencia y distinción. Los juegos de platería procedentes del Alto Perú, Brasil y Portugal comenzaron a ser exhibidos en las vitrinas de los salones, junto con los todavía más raros servicios de porcelana de la China (Lafuente Machain, 1980); con toda probabilidad, se trataba de piezas que no entrarían en contacto con ningún alimento más que ocasionalmente, pero que cumplían con éxito la función de ser admiradas y observadas para la que habían sido adquiridas.

En lo que respecta a la vajilla usada cotidianamente, el registro arqueológico recuperado en Buenos Aires permite observar que, hasta entrado el siglo XVIII, la mesa de los porteños se servía casi exclusivamente con piezas de mayólica<sup>1</sup> procedentes de la península ibérica.

Las primeras mayólicas europeas fueron elaboradas en lo que hoy es España por artesanos musulmanes desde el siglo XI, quizás incluso antes. Durante los siglos XV y XVI, la mayólica ibérica se vio influenciada por la difusión de pautas estéticas del Renacimiento italiano. Las piezas adquirieron entonces paredes más delgadas y esmaltes más blancos; en su decoración tomaron protagonismo los motivos naturalistas, pintados en varios tonos mediante técnicas como el *chiaroscuro*. Algunos de los talleres ceramistas más representativos de este nuevo estilo italianizante estuvieron en los centros españoles de Sevilla, Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo.

En los sitios arqueológicos porteños se recuperaron algunos fragmentos más bien aislados de estas mayólicas italianizantes. Entre los tipos registrados podemos mencionar la famosa serie “Tricolor”, producida en Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo, y las variedades azul sobre azul producidas en Liguria y Sevilla (Zorzi, 2012).

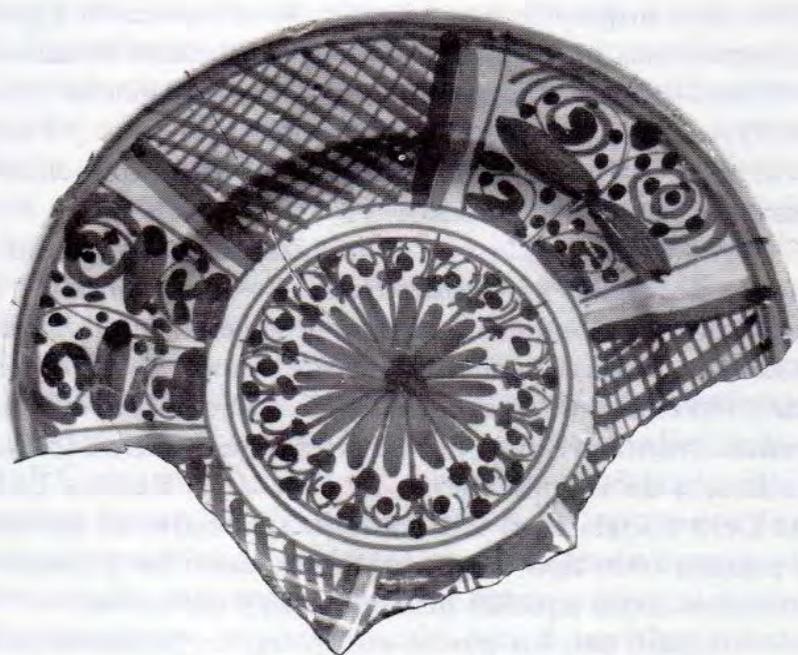
A partir del siglo xvii –de la mano de la expansión del comercio portugués y holandés hacia el extremo oriente– una nueva influencia comenzó a hacerse sentir en la alfarería europea: la de la porcelana china, que desde siempre causó extrema fascinación en el mundo occidental. El influjo de esta cerámica, extremadamente privativa por su precio, desató entre los talleres alfareros de Europa (desde Talavera de la Reina y Lisboa hasta Delft e Inglaterra) una verdadera industria de imitación que permeó todo tipo de producciones, tanto las populares y económicas como aquellas más refinadas y exclusivas.

A tono con los gustos europeos, los porteños se dejaron fascinar por los estilos llegados del extremo oriente. Así, las mayólicas más abundantes en los sitios arqueológicos porteños del siglo xvii corresponden a tipos orientalizantes, principalmente producidos en Portugal (Schávelzon, 2001; Zorzi, 2012) (fig 2.1).

Significativamente, aun entre los habitantes más acomodados de la ciudad de Buenos Aires, las piezas de mayólica pertenecían a variedades “populares” (Zorzi, 2012). Estas eran producidas para ser vendidas a gran cantidad de consumidores y –a diferencia de las series denominadas “artísticas”– se elaboraban y decoraban en modo expeditivo y más bien estandarizado (Seseña, 1975).

Por supuesto que la mayólica, pese a su abundancia, no agotaba ni mucho menos el panorama de lo que se usaba en la antigua ciudad de Buenos Aires para preparar y servir los alimentos, y el abanico de piezas incluía muchos otros tipos cerámicos –vidriados y no vidriados, locales e importados– que se encuentran también representados en el registro arqueológico (véase Schávelzon, 2001).

Recientemente, en contextos arqueológicos porteños atribuibles al siglo xvii, se han identificado además varias piezas de una cerámica conocida como “bucarina”, muy habitual en España y Portugal. Se trata de recipientes pequeños con paredes delgadas, utilizados para contener agua. Eran elaborados mediante torno en una pasta fina de color rojizo, claro o anaranjado, y a veces eran bruñidos o engobados. Suelen



2.1 Plato de mayólica orientalizante del siglo XVII recuperado en Buenos Aires.

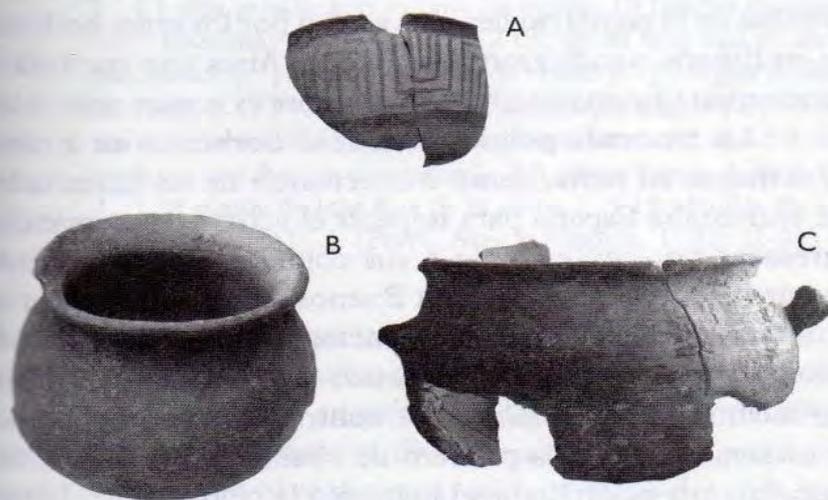
presentar decoraciones geométricas en relieve, logradas por moldeado, por incisión, por estampado de sellos o por aplicación de pastillaje. Estos búcaros fueron muy apreciados tanto en Europa como en América por su capacidad de preservar muy fresca el agua, además de darle buen gusto y aroma. Quizás por eso, y por sus cualidades estéticas, es que estas piezas han sido tan frecuentemente representadas en los bodegones de artistas españoles del siglo XVII.

Otra categoría de cerámica rústica muy habitual en Buenos Aires a lo largo de todo el período colonial, y hasta entrado el siglo XIX, es aquella constituida por las botijas de aceite conocidas como “sevillanas”, recipientes son de forma globular, con bases y cuellos angostos y pasta de color rojizo. En todo el mundo mediterráneo y en las colonias americanas, estas botijas han sido utilizadas en todo tipo de contextos para contener y transportar aceite, agua, leche, aguardiente, vinagre, aceitunas e infinidad de otros productos.

Tanto entre los grupos menos acomodados –esclavos, indígenas y carenciados en general– como en los ámbitos más privados de la vida cotidiana de los grupos mejor posicionados, también en Buenos Aires se utilizaban recipientes de cerámica “rústica”. Muchos de ellos exhibían claras continuidades con

distintas tradiciones indígenas y africanas, además de influencias procedentes de la Península y, en términos generales, sus características morfológicas y estilísticas no variaron demasiado a lo largo de todo el período considerado.

Las piezas llamadas “hispano-indígenas” (Schávelzon, 2001) o “coloniales” (Zorzi y Agnolin, 2011) utilizadas en Buenos Aires eran producidas en regiones aledañas a la ciudad. Consistían en contenedores modelados a mano, sin esmalte ni vidriado superficial, y cocidos a bajas temperaturas. Esta clase de recipientes no solían presentar decoración, y cuando lo hacían se trataba en general de incisiones simples o del tipo unguiculadas, cepillados o diseños geométricos pintados en rojo, blanco y/o marrón (fig. 2.2a). Estas variantes decorativas derivarían en gran medida de las tradiciones cerámicas indígenas, especialmente de aquellas correspondientes a parcialidades de lengua tupí-guaraní que habitaban el litoral. Las formas más habituales son las ollas (figs. 2.2b y 2.2c) y las escudillas, presentes ya desde tiempos prehispánicos en la región. Si bien estas cerámicas presentan notables continuidades respecto de las tradiciones alfareras prehispánicas, tanto sus formas como sus decoraciones dan cuenta en ocasiones de la influencia europea.



2.2 Cerámica de elaboración manual recuperada

en contextos del siglo XVII en Buenos Aires.

2.2a Cuenco con decoración geométrica.

2.2b y 2.2c Ollas.

En cuanto a la vajilla de vidrio, su escasísima representación en el registro arqueológico de la primera época colonial parece indicar que su acceso quedaba todavía restringido solo a las familias más pudientes de la ciudad. A modo de excepción cabe mencionar el hallazgo, en un contexto atribuido del siglo xvii, de un interesante conjunto de enseres de vidrio, entre los que se incluyen recipientes tipo *bowl*, fruteras o botellones, todos con pedestales altos. Estas piezas fueron identificadas como pertenecientes al estilo *Façon de Venise* (Zorzi, 2012), que se extendió desde Venecia a talleres de toda Europa durante el siglo xvii. Se trata de recipientes transparentes o de tintes claros, con paredes extremadamente delgadas y rebuscadas formas barrocas, decorados mediante grabado, esmaltado o agregado de líneas y detalles en vidrio de color.

### LOS REFINAMIENTOS DEL SIGLO XVIII

El último siglo de dominación colonial fue un período de enormes cambios para los habitantes del Río de la Plata. La significativa influencia ideológica, política y cultural que Francia comenzaba a ejercer sobre las otras naciones del Viejo Mundo se hizo sentir también en las colonias americanas. Las reformas en el comercio llevadas a cabo por los reyes borbónicos en España significaron para Buenos Aires una apertura al intercambio ultramarino hasta ese entonces nunca conocida.

La renovada política comercial borbónica se instituyó, al menos en parte, como consecuencia de las dificultades que enfrentaba España para impedir el acceso de mercancías ingresadas por contrabando a sus colonias. El contrabando era particularmente intenso en Buenos Aires debido a varias razones, entre las que pueden mencionarse: la proximidad de Colonia del Sacramento y de otros dominios portugueses, que facilitaba el accionar de los contrabandistas, y el tráfico de esclavos (en manos primero de Francia y luego de Gran Bretaña), que posibilitaba el ingreso a la ciudad de todo tipo de manufacturas, desde bienes de primera necesidad hasta elementos de lujo.

La combinación de las reformas comerciales borbónicas con el nunca controlado tráfico ilegal dio como resultado un incremento de la presencia de productos importados en los servicios de mesa de los habitantes de Buenos Aires. Rápidamente

se popularizaron entre los porteños muchas modas europeas, en particular algunas costumbres francesas de etiqueta que por ese entonces fascinaban al mundo occidental.

El registro arqueológico de la ciudad evidencia que durante el siglo XVIII, al menos en los hogares más pudientes, las piezas de la vajilla comenzaron a individualizarse, y se adquirió entonces la costumbre de disponer de al menos un plato, una copa y un par de cubiertos para cada comensal. Asimismo, y en directa relación con la incorporación de modales de etiqueta franceses, se incrementó la presencia en las mesas de objetos de función específica, lo que supuso un quiebre con las costumbres de los siglos anteriores. Además, desde fines del siglo XVIII fue habitual que las familias acomodadas porteñas poseyeran al menos dos juegos completos de vajilla, uno para todos los días y otro reservado para las ocasiones especiales, y que los objetos incluidos en dicha vajilla mostraran una asombrosa variabilidad de tipos. El ajuar de Matías Grimau, acaudalado comerciante que habitaba en Buenos Aires, constituye un buen ejemplo de la variedad de piezas que se encontraban a disposición de las clases acomodadas porteñas a fines del siglo XVIII:

1 sopera de cobre [...] 17 vasos, 15 copas, 8 piezas entre jarritas y vinajeras, 2 saleros, 1 cucharita [...] 20 platillos de china diferentes [...] 8 id. de loza fina [...] 8 dichos de loza verde [...] 1 taza grande con su tapa de cristal; 18 copitas grandecitas y pequeñas de cristal [...] 12 tacitas de loza fina de china para dulce [...] 12 palanganitas de cristal [...] 2 copas grandes de vidrio [...] 2 vasos de cristal con tapa para agua [...] 12 platos de loza de china blanca con ramos dorados [...] 12 dichos ingleses que llaman de piedra [...] 9 platos llanos de loza fina [...] 12 platos de loza fina de la china [...] 12 platillos de loza fina para dulce [...]. (Porro, Astiz y Rospide, 1982: 32-33)

El inventario de Grimau permite observar, además, la gran variedad de materias primas que exhibía un ajuar de comedor de la época, hecho que se evidencia también en los hallazgos arqueológicos realizados en diversos sitios de la ciudad. En términos generales, el registro de vajilla porteña del siglo XVIII está conformado por mayólicas de Triana y de Alcora, porcelana europea y oriental, loza inglesa de tipo *Creamware*, vidrio moldeado y grabado del centro de Europa y cubiertos ingleses o flamencos, elaborados en diferentes metales.

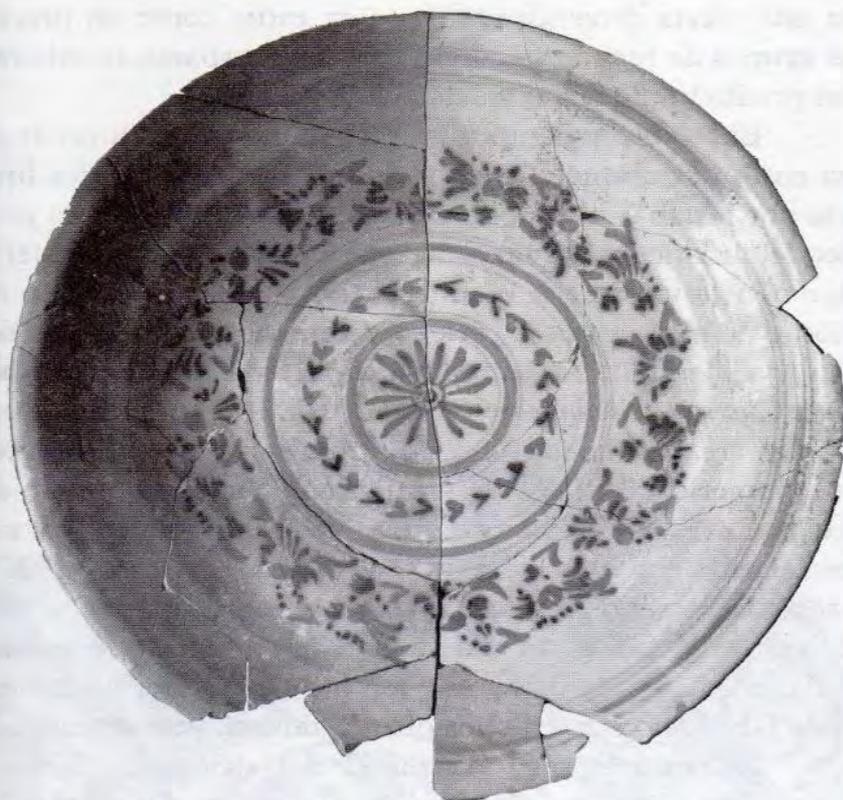
Analizadas en conjunto, las piezas cerámicas recuperadas en las excavaciones realizadas en Buenos Aires dan

cuenta de una significativa variación de los gustos decorativos a lo largo de todo el siglo XVIII. Los estilos más tempranos se caracterizaron por la utilización de formas, motivos y coloraciones típicos del rococó francés. Eran entonces frecuentes las formas rebuscadas y las decoraciones con temas chinescos, mitológicos y bucólicos, así como con motivos fitomorfos, todos de tonos vivos y variados. Con el correr del siglo, la influencia neoclásica comenzó a desplazar al gusto barroco-rococó, y la sobriedad, la solemnidad y la simetría tomaron el protagonismo en los diseños. Las formas y motivos decorativos viraron entonces hacia un estilo más sencillo, estilizado y puro, que gozó de gran aceptación tanto entre los consumidores europeos como entre los americanos.

En lo que respecta a la mayólica española, el siglo XVIII ha sido tradicionalmente visto por los historiadores del arte como un período de pérdida de calidad, de delicadeza y de autenticidad. Esta apreciación, hoy discutida, se basó en el abandono de las series tradicionales de la época de oro de la mayólica española a favor del estilo rococó francés, proceso que fue acompañado, además, por un incremento en el espesor de las paredes de las piezas y una menor blancura en sus esmaltes.

Durante el siglo XVIII, el barrio sevillano de Triana se posicionó como uno de los centros ceramistas españoles de mayor importancia. Allí se concentraban diversos talleres que producían mayólica todavía artesanalmente, pero de un modo cada vez más masivo y expeditivo, en pos de abaratar costos para poder competir con las lozas industriales inglesas, que por ese entonces comenzaban a ganar espacio en el mercado europeo y americano. La decoración sencilla y ecléctica de la mayólica Triana dieciochesca refleja las influencias tanto de los nuevos estilos franceses como de los ya difundidos estilos orientales (fig. 2.3).

Otro centro alfarero español de importancia durante esta época fue la Real Fábrica de Alcora, reconocida a nivel internacional por la buena calidad de su mayólica de esmalte blanco y pasta rosada. La multifacética producción alcoreña se adaptaba a los diferentes poderes adquisitivos de los consumidores, tanto europeos como americanos. Las series ofrecidas por este establecimiento eran eclécticas, y eran frecuentes los motivos florales, las guirnaldas, las puntillas y los encajes de estilo francés, así como los dibujos de temas mitológicos o tomados de la comedia del arte italiana y una variedad de motivos de inspiración oriental (véase Ainaud de Lasarte, 1952;



2.3 Lebrillo de mayólica de Triana recuperado en Buenos Aires.

Coll Conesa, 2009). Entre los hallazgos de mayólica alcoreña en Buenos Aires, las formas más habituales son los platos de paredes lobuladas, con decoración fitomorfa correspondiente a la serie conocida como “del ramito” o “del cacharrero”, cuyos colores predominantes eran el rojo, el amarillo, el verde, el azul y el morado (Zorzi, 2012).

En términos generales, el registro arqueológico del Río de la Plata muestra para la segunda mitad del siglo XVIII una disminución significativa en la cantidad de vajilla de mayólica. Las piezas trianeras, por ejemplo, aparecen representadas principalmente por objetos relacionados con la higiene (bacines, bacinillas y aguamaniles) y en cambio eran más escasos los platos y las tazas (Zorzi, 2012). Esta pérdida de importancia numérica en la vajilla de mayólica tiene que ver con su reemplazo parcial por un nuevo producto: la loza industrial.

La loza —una cerámica esmaltada, dura, de pasta relativamente fina y de color claro— es hija de la pujante industria alfarera inglesa. Esta nueva cerámica impactó en el consumo de los habitantes de Europa y las colonias ya que permitió,

con una oferta diversificada tanto en estilo como en precio, que grupos de recursos económicos muy dispares accedieran a un producto moderno y de calidad.

El establecimiento más importante de producción de loza europea durante el siglo XVIII fue "Etruria", fábrica fundada por Josiah Wedgwood en Staffordshire en 1769. La producción artística y utilitaria de esta industria tenía un fuerte sesgo neoclásico, que se manifestó tanto en la elaboración de ánforas de estilo etrusco, griego y romano, como en las series de vajilla utilitaria denominadas *Jasper Ware*, *Black Basalt*, *Green Glazed* y *Creamware* (Burton, 1922). Esta última loza, de color crema y líneas sencillas, inundó los mercados europeos y americanos luego de ser honrada con el patrocinio de la reina Charlotte, reconocimiento que permitió que fuera comercializada con el nombre de *Queen's Ware* (Burton, 1922). El secreto del éxito mundial de la *Creamware* radicó en su bajo costo de producción, su alta calidad y sus virtudes estéticas, condiciones que rápidamente fueron imitadas por los procesos de fabricación de muchos otros establecimientos ingleses.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, la loza *Creamware* fue la reina de la vajilla de mesa en gran parte de los hogares porteños, tal y como lo demuestran los hallazgos arqueológicos. Debido a su simpleza y versatilidad, la loza *Creamware* y sus pautas estéticas neoclásicas se adaptaron a las exigencias de los habitantes de la ciudad, más allá de las clases sociales, y gozaron de gran vigencia hasta las primeras décadas del siglo XIX.

La porcelana experimentó durante el siglo XVIII un significativo abaratamiento y una mayor difusión comercial, en gran medida como estrategia de competencia frente a la enorme popularidad que adquirirían los objetos de loza. Para satisfacer la demanda europea, China comenzó a producir porcelana específicamente destinada al mercado occidental, como las famosas series *Famille Rose* y *Famille Vert* o la llamada *Imari*, un estilo caracterizado por la profusión decorativa y el uso de motivos florales que combinaban tonos rojos, azules, verdes y dorados.

Para la misma época, los intentos por igualar la belleza de la porcelana oriental condujeron en Europa al desarrollo de una industria de imitación que en ocasiones llevó a ceramistas de varias zonas del continente a dominar la fabricación de porcelana dura. A partir de entonces, las fábricas europeas de porcelana comenzaron a multiplicarse con notable rapidez,

en ocasiones bajo el auspicio de las familias reales, como sucedió en Francia y en España.

En Buenos Aires, la porcelana dura comenzó a ser relativamente asequible recién a fines del siglo XVIII, momento en el cual algunas familias porteñas hacían gala de posesión de vajillas de porcelana europea e incluso oriental. Sin embargo, la presencia de este tipo de cerámicas sigue siendo escasa en contextos arqueológicos porteños de la época.

En lo que respecta a las cerámicas rústicas, más accesibles para los grupos menos pudientes, en los contextos arqueológicos porteños del siglo XVIII se evidencian algunos cambios respecto del siglo anterior. Entre esas modificaciones puede mencionarse cierta disminución en la frecuencia de las cerámicas de tradición hispano-indígena, quizás relacionada con su reemplazo por otras cerámicas vidriadas de tradición europea. Estas últimas están representadas en la época por varios tipos diferentes, entre los que se destaca por su abundancia aquel conocido como "El Morro", una cerámica de manufactura expeditiva, representada en general por ollas y escudillas de vidriado melado, marrón, negro o rojizo.

La vajilla de vidrio soplado protagonizó un proceso de creciente popularización y expansión mundial a lo largo del siglo XVIII. Los rebuscados estilos venecianos fueron reemplazados en este período por otros de rasgos más sencillos, procedentes de Bohemia y de Alemania. En España y sus dominios coloniales, las piezas de vidrio se vieron también, como la cerámica, influenciadas por el gusto cortesano francés, tal como lo demuestran las eclécticas producciones de vidrios planos, espejos, luminarias y cristalería de la Real Fábrica de Vidrio y Cristal de la Granja.

Desde mediados del siglo XVIII, diversos objetos de vidrio europeo se incorporaron en mayores cantidades para complementar la vajilla cerámica de las casas porteñas. Las piezas más habituales en contextos arqueológicos son los vasos (fig. 2.4), los cuales, entre las familias más pudientes, eran adquiridos para uso individual. Eran incoloros, de forma troncocónica, con contornos lisos, octogonales o estrellados. En cuanto a la decoración, eran frecuentes las cenefas formadas por diseños fitomorfos y geométricos sencillos (diamantes, óvalos, gotas, etc.), generalmente grabados o moldeados.

El hallazgo de copas, por su parte, se registra en menor cantidad que el de los vasos. Sus formas son menos variadas y más sencillas que las del siglo anterior y consisten



2.4 Vasos de vidrio soplado recuperados en Buenos Aires.

por lo general en un vástago simple y un cáliz troncocónico. También se han recuperado en la ciudad restos de licoreras o decantadores, habitualmente utilizados para servir bebidas alcohólicas de distinto tipo, algunos de los cuales exhiben decoración grabada y atractivas tapas facetadas.

En lo que respecta a los cubiertos, estos fueron muy caros y escasos en Buenos Aires hasta el siglo XIX, e incluso los habitantes más acaudalados de la ciudad contaban solo con unos pocos ejemplares, provenientes principalmente de Inglaterra o de Flandes. Eran de formas sencillas, estaban hechos a mano, habitualmente en hierro, bronce o peltre y, en algunos casos, los mangos poseían aplicaciones de hueso, marfil, madera o porcelana.

Como se desprende de todo lo antedicho, en términos generales el siglo XVIII supuso un incremento en la cantidad y variedad de piezas de vajilla de mesa que fue adquirida y utilizada en Buenos Aires. El abaratamiento general de los costos de producción, derivado de la industrialización y la fabricación a gran escala, popularizó el empleo de objetos que antes se hallaba restringido a una pequeña fracción de la población. Tal hecho, sumado a la difusión de las costumbres de etiqueta francesas y a ciertos cambios en los hábitos culinarios, generó un registro arqueológico en el cual los ajuares de mesa se presentan compuestos de modo muy heterogéneo en lo que refiere a origen, forma y función, característica que indudablemente diferencia la vajilla dieciochesca de la de los siglos precedentes.

## **VAJILLA Y COSTUMBRES EN LA BUENOS AIRES DEL SIGLO XIX: LA INFLUENCIA DE LA INGLATERRA INDUSTRIAL**

Para los habitantes del Río de la Plata, el comienzo del siglo XIX trajo aparejado el desarrollo de una nueva estructura ideológica, cultural y económica. A partir de entonces, los intercambios comerciales de ultramar se volvieron más fluidos y el naciente Estado argentino definió su rol en el sistema mundial como proveedor de materias primas para los países industrialmente desarrollados, en especial Inglaterra.

El interés por participar en el mercado del Río de la Plata que los ingleses ya habían manifestado durante el siglo anterior siguió dando frutos a lo largo del siglo XIX. Hacia fines de ese período, Inglaterra se había convertido en la principal "socia" de la Argentina en el nuevo modelo económico, a partir de la venta de productos manufacturados, la inversión en grandes obras, como los ferrocarriles, y la compra de materias primas del sector agrícola-ganadero.

La población de la Buenos Aires decimonónica aumentaba con rapidez, en gran parte debido a la inmigración europea, en particular española e italiana, y al proceso de urbanización que atraía habitantes del interior del país. Con el aumento de la densidad de población crecían también la infraestructura urbana y las redes comerciales. Nuevos elementos aparecieron en el paisaje de la ciudad, tales como las casas de altos, los grandes mercados, los cafés y, hacia fines del siglo, las grandes tiendas. Estas últimas eran los puntos privilegiados donde las familias burguesas porteñas podían adquirir su vajilla a la última moda europea, tan publicitada a través de catálogos y anuncios en la prensa escrita.

Los convites y tertulias se hicieron cada vez más frecuentes entre la burguesía de la ciudad y, al tiempo que se popularizaba el hábito de recibir gente a comer en las casas, tomó fuerza la actitud de exhibir y aparentar riqueza a través de la decoración, el mobiliario y la vajilla de los comedores.

Progresivamente, la influencia francesa, que hasta entonces había dominado la vida social de los porteños, empezó a ceder lugar a las modas y costumbres inglesas, lo que supuso un cambio concreto en aspectos tan diversos como la vestimenta, los usos del tiempo y la recreación.

En una época de tantos cambios, las prácticas de mesa también mutaron, al punto incluso de modificar los horarios

que las comidas habían mantenido desde hacía casi dos siglos. Al decir de Octavio Battolla ([1908] 2000), debido a la influencia inglesa las familias más acaudaladas cambiaron el horario del almuerzo y lo transformaron de una colación sencilla a una comida sustanciosa que suponía un evento de reunión.

Existen numerosos relatos que dan cuenta de lo variada y abundante que podía ser la alimentación de las familias acomodadas. El recuerdo de infancia de Lucio V. Mansilla resulta un buen ejemplo de esa situación:

Las viandas eran pocas, pero asaz variadas [...]. La comida comenzaba con sopa (solía haber entremés de aceitunas, sardinas y salchichón), de pan tostado o no, o de fideos o de arroz a la valenciana [...]. Si no había pescado fresco había bacalao. Seguía el asado, de vaca o de cordero, y la ensalada de lechuga o de escarola o de papas o de pepinos [...] guiso de garbanzos o de porotos, y con más frecuencia de lentejas [...] con huevos escalfados a veces, o albóndigas o locro o sesos, o molleja, asada o guisada [...], patitas de cordero o de chanchito o mondongo o humita o pastel de choclo (cosa-papa). El postre eran fritos de papas con huevo y harina, polvoreados con azúcar molida, o tortilla ídem con acelgas [...] o dulces diversos [...]. (Mansilla, [1904] 1955: 206-208)

Pero ya hacia mediados de siglo tal abundancia comenzó a ser mal vista por la alta sociedad, que intentaba seguir al pie de la letra las costumbres europeas, orientadas hacia maneras más refinadas. En las mesas de las familias más ricas, los manjares ya no se ofrecieron todos al mismo tiempo, sino que comenzó a ser practicado el “servicio a la rusa” (Schávelzon, 2000), cuya etiqueta indicaba que los platos del menú se servían de acuerdo a un orden preestablecido y en un tipo de vajilla particular, costumbre que por supuesto requería de una mucho mayor disponibilidad de piezas de mesa que la tradición anterior.

Así, los objetos de vajilla se diversificaron y especializaron aún más que durante el siglo precedente, e incrementaron su número al ritmo de la renovada oferta y del abaratamiento de la vajilla de loza.

Los nuevos objetos de comedor vinieron de la mano de nuevos manjares, productos del cosmopolitismo que comenzaron a acompañar —y en algunos casos a sustituir— los platos característicos de la comida colonial. El registro arqueológico muestra con mucha claridad, por ejemplo, la progresión del reemplazo de la vajilla asociada al consumo del tradicional chocolate (que se tomaba en jicaras sin asa) por aquella

empleada para beber té y café (tazas y pocillos), así como la incorporación a la gastronomía local de ingredientes poco empleados hasta entonces, como la mostaza y el vinagre de origen francés, que venían envasados en prácticos potes de mayólica.

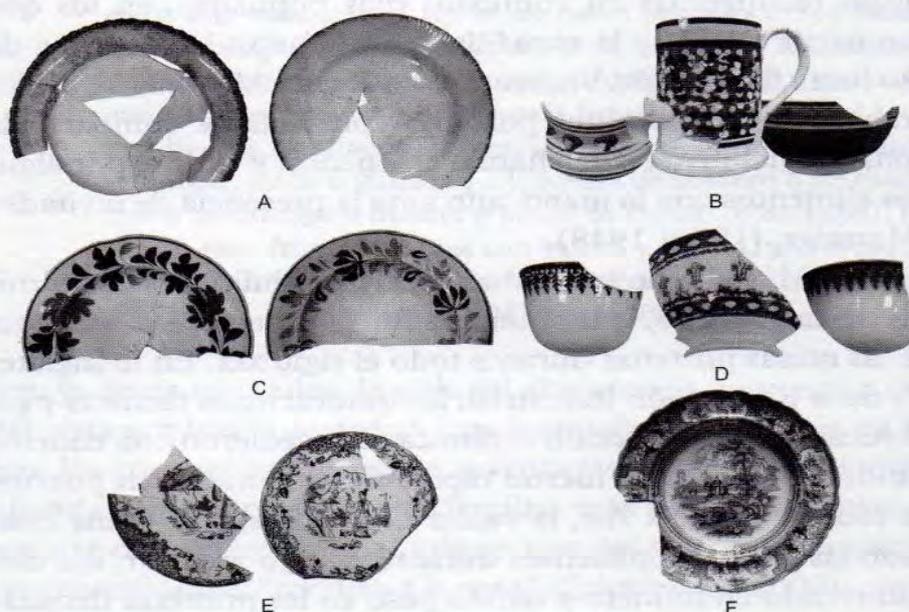
Claro que tal proliferación de objetos y su individualización por comensal —plato, vaso y cuchillo, cuchara y tenedor para cada persona sentada en la mesa— no fue un proceso que se desarrollara de modo simétrico en todos los grupos económicos de la sociedad porteña. El registro arqueológico muestra, en ese sentido, marcadas diferencias entre la vajilla de las familias acaudaladas —en la cual se observa claramente la abundancia material antes mencionada—, y la escasez de piezas recuperadas en contextos más populares, en los que compartir el vaso y la escudilla continuó siendo la norma de uso hasta fin de siglo. Viajeros como Xavier Marmier se asombraban ante costumbres porteñas como las de compartir la bombilla del mate, la cuchara o el tenedor, y la de servir algunos alimentos con la mano, aun ante la presencia de invitados (Marmier, [1850] 1948).

Más allá de las costumbres y posibilidades económicas de cada grupo, la loza inglesa fue la protagonista absoluta de las mesas porteñas durante todo el siglo XIX. En la Inglaterra de la Revolución Industrial, las innovaciones técnicas y estilísticas en la producción cerámica se sucedieron con enorme rapidez y sus efectos fueron rápidamente notados en puertos de todo el mundo. Así, la vajilla *Creamware*, que había ocupado las mesas rioplatenses durante el siglo anterior, fue disminuyendo en número y dando paso en las primeras décadas del siglo a un nuevo tipo de loza, denominada *Pearlware*. Esta nueva cerámica, de paredes espesas y superficies lustrosas, resultaba claramente identificable por el color blanco brillante y el ligero tinte azulado de su esmalte. Poco más tarde, la industria cerámica inglesa lanzó al mercado una nueva variedad de loza, aún más blanca que la anterior y carente de tinte azulado, a la que se denominó *Whiteware*, cuya producción continúa hasta el día de hoy en gran parte del mundo.

Ambos tipos de lozas (*Pearlware* y *Whiteware*) se integraron muy tempranamente a los hábitos de consumo de los habitantes de Buenos Aires, se superpusieron unos a los otros con notable rapidez y reemplazaron casi por completo las cerámicas de producción regional y la mayólica española, aun entre los sectores menos acomodados de la sociedad. El crecimiento de la demanda fomentó la competencia entre las fábricas

ceramistas, las que buscaron entonces presentar productos innovadores que les permitieran mantenerse en el mercado.

En las lozas recuperadas en sitios arqueológicos del siglo XIX en Buenos Aires, vemos representados varios estilos decorativos que se destacan por su estandarización y lo masivo y expeditivo de su producción (Schávelzon, 2001). Es el caso de la loza llamada *Shell Edge* o *Feathered Edge* (fig. 2.5a), la loza “anular” (fig. 2.5b), la “floreal” o *Gaudy Dutch* (fig. 2.5c), la loza decorada mediante el estampado de sellos de esponja (fig. 2.5d) o aquella decorada por impresión por transferencia de un grabado (figs. 2.5e y 2.5f).



2.5 Piezas de loza del siglo XIX recuperadas en Buenos Aires.

2.5a Platos del tipo *Shell Edge* o *Feathered Edge*.

2.5b Recipientes de loza del tipo “anular”.

2.5c Platos del tipo “floreal” o *Gaudy Dutch*.

2.5d Cuencos con estampado de sellos.

2.5e Platillos impresos con motivos orientales.

2.5f Plato impreso con escena de caza.

Uno de los patrones más frecuentes en la loza impresa fue el conocido como *Willow Pattern*, en el que se conjugaban elementos básicos tales como una pagoda oriental, un puente atravesando un río, un sauce y alguna figura humana, todos inmersos en un paisaje vegetal. Otras variantes representan vistas bucólicas en ámbitos rurales, escenas de caza y ruinas que emergen de frondosos bosques (fig 2.5d). La popularización

de este tipo de motivos, inscripta dentro del movimiento romántico, puede ser interpretada como la materialización de un sentimiento nostálgico frente al avance de la industrialización, y como expresión de la añoranza de una vida rústica y más sencilla. Además, la utilización de escenas que tienden al exotismo en la decoración de la vajilla constituía, de alguna manera, uno de los medios a través de los cuales los consumidores podían conocer los paisajes y los hábitos típicos de zonas distantes, en un mundo que se ampliaba a medida que crecían los intercambios comerciales y se consolidaba el modelo capitalista global (Gámez Martínez, 2003).

Todos los tipos de loza antes mencionados fueron recuperados en diversa proporción en sitios arqueológicos porteños; en ocasiones formaban juegos que combinaban la vajilla de mesa con los ajuares de higiene. La costumbre de adquirir objetos de higiene que hicieran juego con la vajilla de comedor dio cuenta del ferviente deseo que algunas familias porteñas tenían por emular las modas europeas, incluso en los ámbitos más privados de sus vidas. Buen ejemplo de ello resulta el conjunto de loza recuperado en el sitio Bolívar 238, donde las bacinillas presentaban la misma decoración que los cuencos y platos utilizados en la mesa (Bednarz *et al.*, 2008).

La arqueología porteña cuenta con excelentes registros de la velocidad con que la población local adoptaba en forma sucesiva cada nuevo tipo y estilo de loza que se iba lanzando al mercado a lo largo de todo el siglo XIX. Algunos sitios muestran inclusive ejemplos extremos de dicho proceso. Es el caso del pozo de basura de la acaudalada familia Alfaro, de donde se recuperaron juegos completos de vajilla en perfecto estado, cuyo descarte puede ser atribuido con toda probabilidad a su reemplazo por variedades más modernas.

En lo que respecta a la porcelana, el siglo XIX se caracterizó por la multiplicación de fábricas a lo largo de Europa, y por la consecuente masificación y abaratamiento de su producción. Estos procesos se ven reflejados en la aparición creciente de porcelana en los contextos arqueológicos de la ciudad de Buenos Aires. Hacia fines de siglo, la presencia de vajilla de porcelana europea es habitual incluso en contextos populares, situación que contrasta marcadamente con lo observado para los siglos anteriores.

Otro producto que alcanzó un incremento notable de ventas y consumo en diversas ciudades del mundo durante el

siglo XIX fue el vidrio. La tecnología de fabricación de piezas vítreas con moldes permitió obtener formas complejas a bajo costo, por lo que con el correr de las décadas se hizo cada vez más habitual el uso de recipientes facetados, lobulados y de todo tipo de formas para diversos menesteres. Asimismo, las innovaciones de la industria química permitieron la aparición de vidrios de color violeta, azul y rojo, así como de recipientes esmerilados y opacificados, lo que amplió notablemente la diversidad de estilos en las piezas ofrecidas en el mercado.

En Buenos Aires, el consumo de objetos de vidrio aumentó bruscamente durante el siglo XIX, hecho que se evidencia en los registros de aduana, donde se mencionan todo tipo de piezas vítreas procedentes principalmente de Inglaterra, pero también de Francia, Holanda y otras zonas.

El registro arqueológico de la ciudad también da cuenta de esta revolución del consumo de vidrio. Los vasos, por ejemplo, se hicieron mucho más numerosos; las copas se popularizaron notablemente y pasaron a acompañar a los vasos incluso en las vajillas de las clases menos acomodadas.

Uno de los hallazgos más numerosos y variados en los sitios arqueológicos porteños del siglo XIX son las botellas de vidrio. Las hay de sección redonda (utilizadas para vinos, espumantes, aperitivos y agua mineral) y de sección cuadrada (utilizadas para ginebra), de las más diversas formas, tamaños y colores. Si bien su origen es mayoritariamente inglés y holandés, se han recuperado también algunas piezas procedentes de Francia y, en contextos de fines de siglo, se observa la aparición de representantes de las primeras botellas producidas localmente. Las primeras fábricas nacionales de vidrio eran bastante rudimentarias: su producción era poco mecanizada, se valían de escasa mano de obra y utilizaban siempre materias primas importadas. Los primeros productos que elaboraron fueron botellas, y no fue sino hasta bien entrado el siglo XX que comenzaron a producir vidrio de mesa.

Además de las de vidrio, durante el siglo XIX llegaron masivamente a Buenos Aires también las botellas de gres, una cerámica de pasta fina, muy resistente, de alta vitrificación y totalmente impermeable, que había comenzado a elaborarse en Alemania y otras zonas del norte de Europa durante el siglo XVI. Estas botellas, provenientes por lo general de Inglaterra y Holanda, eran fabricadas para contener cerveza, ginebra o agua mineral, pero eran tan resistentes que podían ser

repetidamente reutilizadas luego de que su contenido original se acababa. Algunas se realizaban en Europa por encargo de firmas locales, hecho que puede comprobarse a partir de las inscripciones y sellos de identificación.

La alta frecuencia de hallazgos de botellas de gres en los sitios del siglo XIX evidencia un cambio significativo en las costumbres de consumo de bebidas alcohólicas de los porteños, quienes a lo largo de dicho siglo disminuyeron la ingesta de vino al tiempo que incrementaron la de cerveza y ginebra. Si bien tal tendencia se observó de modo más marcado en las clases populares, fue de hecho un fenómeno de consumo que se extendió a toda la población.

En lo que respecta a los cubiertos, el registro arqueológico de la ciudad de Buenos Aires muestra que para fines de siglo las cucharas, cuchillos y tenedores se habían convertido en piezas habituales en las mesas de casi todas las clases sociales. Los tipos más comunes de cubiertos eran confeccionados en peltre, alpaca o bronce y provenían de Inglaterra, Estados Unidos, Francia o Alemania, y sus formas más habituales correspondían a las llamadas *Old English*, *Fiddle Pattern*, *Violin Shape* y *King's Shape*.

Mientras durante la primera mitad del mil ochocientos "era rarísima la persona que poseyera más de una docena de cucharitas" (Calzadilla, 1982: 66), los registros escritos de fines de siglo dan cuenta de la enorme variedad de objetos metálicos de mesa a los que algunos porteños podían acceder: cucharas de postre, de guiso, de dulce; tenedores de mesa, de postre, de pescado; cucharitas de café, de helado, de sal; cuchillos de mesa, de postre, de pescado; coladores de té, anillos para servilletas, pinzas, rompenueces, palitas para servir tortas, y platos, jarras, etcétera.

Sin embargo, todavía no todos los sectores de la sociedad accedían al uso individual de los cubiertos, menos aún en los sectores alejados del centro de la ciudad. Al respecto, resulta muy ilustrativo el relato de Xavier Marmier ([1850] 1948), quien con gran sorpresa narra cómo durante una visita a la casa de un coronel en Santos Lugares, la mujer de su huésped tuvo que registrar mucho el armario para finalmente encontrar una insuficiente cantidad de cubiertos que, para colmo de males, eran todos de juegos distintos y se encontraban oxidados.

**PALABRAS FINALES**

A través del estudio del registro arqueológico, en particular de los objetos de vajilla, a lo largo de este capítulo pudimos visualizar características idiosincráticas que la sociedad porteña fue adquiriendo durante todo el período aquí considerado. Entre estas características podemos mencionar, por un lado, la preferencia por los materiales importados y el deseo de emular las modas vigentes en las naciones consideradas más influyentes y desarrolladas a nivel mundial, y, por el otro, la persistencia, a través de los siglos, de costumbres tradicionales de consumo y la reticencia de la sociedad a desprenderse de algunos hábitos muy arraigados, heredados del mundo ibérico posmedieval.

Este sucinto análisis, además, permitió visualizar el modo en que el consumo de algunos productos que se manifestó inicialmente como exclusivo de las clases más pudientes fue popularizándose a lo largo del tiempo de la mano de la creciente masificación de la producción industrial, dando lugar a nuevos marcadores de estatus.

El estudio de la vajilla porteña desde la conquista hasta el siglo XIX constituye un ejemplo de cómo la arqueología histórica resulta una herramienta de utilidad a la hora de abordar cuestiones relacionadas con las modas y su difusión. Esta disciplina permite visualizar prácticas, usos y costumbres que no siempre están expresados en los registros escritos, particularmente en lo que respecta a los contextos de mayor antigüedad. Además, como señalamos al comenzar el capítulo, esta especialidad construye sus análisis de los fenómenos desde una perspectiva diacrónica, y hace énfasis en el estudio del juego de cambios y continuidades que se evidencia en las prácticas humanas. Por último, la arqueología histórica cuenta con las herramientas necesarias para analizar fenómenos a escala local, lo cual resulta especialmente crucial para identificar las repercusiones que los fenómenos socioeconómicos de envergadura global pudieron haber tenido en los modos de vida concretos de una población.